

La “maestra rural” en la posrevolución

Angélica Silva

Michigan State University

Las maestras del cardenismo fueron sin duda imaginarios predilectos de la educación socialista.

(Arteaga 98)

Las mujeres han estado presentes en la construcción histórica del México moderno adoptando diferentes roles sociales que, promovidos o impuestos por el gobierno y/o las necesidades de la época, desempeñaron puntualmente. Sin embargo, su participación activa ha sido difuminada de los registros de la historia oficial. Por ejemplo, en el movimiento revolucionario de 1910¹ y las revueltas cristeras de 1927 y 1936, así como en los proyectos de reconstrucción nacional posrevolucionarios. No es hasta los años setenta, con la insurgencia de movimientos feministas y los discursos y políticas de género, que la historiografía comienza a dar cuenta de ellas y su participación como agentes sociales completos, no complementarios.

Esta tendencia por hacer invisible² la contribución de las mujeres en la vida nacional se evidencia en la figura de la maestra, específicamente en la “maestra rural”.³ Este personaje del que poco se ha hablado en las fuentes historiográficas, fue imagen

clave para la propagación de las políticas de los gobiernos posrevolucionarios ante el fortalecimiento y las reformas al Artículo 3º Constitucional de 1917, referente a la educación como derecho de todo ciudadano mexicano, y del proyecto educativo implementado por José Vasconcelos con la creación de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y el Departamento de Bellas Artes en 1921. Estas maestras también fueron participes en repetidas ocasiones del Congreso Nacional de Obreras y Campesinas (1931, 1933 y 1934), el cual influyó en la creación del Hospital del Niño y la Casa del Campesino, y discutió problemas específicos de la mujer, como las condiciones de salud en los talleres y el derecho al sufragio. (Tuñón, *Mujeres*)

Además, existen diferentes expresiones culturales en las que se destacó el rol social que esta educadora tuvo en la reconstrucción de la nación posrevolucionaria, entre ellas se encuentran novelas, poemas, murales y películas.⁴ No obstante, las lecturas que se pueden hacer de estas expresiones artísticas van desde la reivindicación de los roles de las mujeres como sujetos sociales e históricos, al fortalecimiento de estereotipos que alimentan la posición supeditada en la que se pretendía mantener a las mujeres como sujetos que sólo tenían un espacio exclusivo para ellas, la esfera privada doméstica del hogar. Es decir, es lo que se ha etiquetado como el “Ser” y el “Deber-Ser” de las mujeres en que “los personajes femeninos están situados en posición marginal y subordinada respecto a la posición central de los personajes masculinos” (Sánchez 72).⁵ Una posible explicación a esta subordinación es que las referencias que se tienen sobre estas mujeres docentes son vistas y transmitidas a través de la mirada de la hegemonía patriarcal masculina, y como consecuencia son representaciones estereotipadas puestas en función de los intereses del poder en turno. Incluso, algunas de ellas fueron hechas por encargo del gobierno y pagadas por él mismo. Por tanto, en este trabajo reviso la representación de la “maestra rural” después de la Revolución Mexicana en un mural y una novela, en un intento por destacar a este personaje histórico y cultural que ha sido difuminado de la historia oficial y la crítica literaria. También, su análisis permite contextualizar una realidad socio-económica, política y religiosa que ha estado presente en México por siglos en que las mujeres han sido prescindidas de la historia. Así como para ver cómo se las construía en determinada época.

Una vez culminada la etapa armada de la Revolución surgieron nuevas alianzas políticas institucionales para mantener la estabilidad hegemónica y acabar con el caudillismo que había caracterizado a la vida política mexicana. En este tiempo de transición al México moderno, se privilegió el Artículo 3º constitucional, puesto que la

educación de las masas se vio como el instrumento perfecto para calmar los ánimos de los rebeldes, secularizar y lograr la modernidad que se deseaba para el país.

En estas políticas sociales educativas la presencia femenina fue enorme. El Presidente Lázaro Cárdenas convocó a las mujeres como las promotoras del cambio social en el México moderno. Ellas irían hasta los rincones más recónditos para educar a las personas en sus derechos constitucionales, en su higiene y en la construcción de una nación secular. Esta participación social activa cuestionaba el papel tradicional asignado a la mujer en la esfera privada e iba en contra de la costumbre de afirmar “que su lugar está en el hogar y hacer hogar es hacer patria” (Arteaga 44). A la vez, probaba la necesidad de dar acceso a la mujer en el ámbito laboral en las fábricas, el campo y la educación principalmente. Ahora, ellas podían cumplir un rol social alejado del que la hegemonía patriarcal les había asignado (el “deber-ser”), aunque esto les ocasionó muchos conflictos y el desprecio de sus vecinos hasta tal grado que sus vidas y reputación se vieron en constante riesgo.

La respuesta positiva de las docentes a formar parte de los proyectos educativos dio lugar a que se etiquetara a esta profesión como “quehacer de mujeres.” Incluso, aún hoy en día se habla de una “feminización del magisterio de educación básica” (López 22). Paradójicamente, el desempeño de las actividades domésticas y las prácticas religiosas fueron las actividades que les abrieron las puertas a estas maestras al sistema educativo, puesto que estos conocimientos formaron parte de los programas educativos que se impartían en las aulas tradicionales. En este punto cabe recordar que con la educación socialista se trató de eliminar las prácticas religiosas para secularizar a la nación. Se educaba a las estudiantes en las actividades del hogar, la maternidad y el cuidado de la familia como esencia de lo femenino. El tipo de materias que se les impartían incluían: higiene personal, puericultura, cocina, corte y confección, industrialización de la leche, conservación de frutas y legumbres, enseñanza de canciones populares y danzas regionales, economía doméstica y agricultura. De igual forma que se promovía la docencia para las mujeres, se privilegiaron otras carreras consideradas propias para el género masculino, como leyes e ingeniería. Incluso, se crearon dos grandes escuelas que hasta la fecha son muy importantes en la nación en el campo de la agronomía: la Narro y Chapingo.⁶

Por tanto, la presencia de las mujeres y su esfuerzo por hacerse visibles en la vida nacional ha sido clara y constante. Julia Tuñón en “Las mujeres y su historia. Balance, problemas y perspectivas” al respecto argumenta:

Parecen “invisibles”, pero ellas no están fuera de los procesos humanos, aunque por lo general sí de ciertas formas de poder, los llamados, por George Duby y Michelle Perrot, los tres santuarios masculinos: el religioso, el militar y el político. (377)

No obstante, las mujeres han ido entrando, poco a poco, en estos terrenos considerados exclusivamente masculinos. Con la Revolución de 1910, atestiguamos su presencia activa dentro de los conflictos armados como la soldadera, así como en reuniones de carácter nacional y activista. Por ejemplo, en 1916 con Venustiano Carranza, se da el Primer Congreso Feminista de Yucatán en el que se reúnen “setecientas congresistas, en su mayoría maestras, para combatir la tradición y destacar la importancia de la educación en la mujer, su participación en el trabajo y en puestos con toma de decisiones” (Urrutia 4).

La asistencia de las docentes a este evento revela que en esos años la docencia era la única área laboral “legítima” que se permitía a las mujeres y, por lo mismo, casi el único trabajo remunerado “honrado” al que éstas tenían acceso (Urrutia 5). Reuniones de este tipo y la participación de ellas en la vida nacional las llevaron a conquistar espacios que no abandonarían más, a pesar de las presiones sociales que no les permitían desenvolverse libremente. También, su intervención como voceras de las políticas educativas en las escuelas y comunidades donde se desempeñaron, da cuenta de su participación en espacios públicos. Además, Vasconcelos tenía a su lado a varias maestras, como la maestra y antropóloga Eulalia Guzmán en las campañas de alfabetización y a la poetiza chilena, Gabriela Mistral; aunque sólo se hable de los nuevos maestros llamados “misioneros.” Igualmente, la incorporación de la mujer a esta actividad laboral fue necesaria, ya que los hombres habían estado ocupados en las luchas campales, y ahora se encontraban tratando de recuperar sus tierras y cosechas. Por tanto, en este trabajo destaco y analizo la representación de “estas”⁷ personajes en un mural de Diego Rivera y en una novela de Aurelio Robles Castillo, formas artísticas que reconocen de cierta forma su desempeño altruista.

Durante su gestión en la SEP, Vasconcelos patrocinó la creación de murales en importantes recintos de la Ciudad de México con la finalidad de crear un diálogo entre el pueblo y el gobierno. Con este arte, se proyectó hacer accesible la historia del país a sus ciudadanos, dar a conocer los ideales revolucionarios y rendir tributo a los pueblos indígenas y sus tradiciones como parte de la vida mexicana. El gobierno comisionaba a los artistas y les pagaba por pintar. En este tiempo, tres grandes muralistas se dieron a conocer: Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros. Sin embargo,

después que Vasconcelos renunció a su puesto como secretario, el gobierno sólo apoyó a aquellos artistas con los que tenía alianza. Rivera fue uno de los favoritos del régimen. Éste monopolizó gran parte de las paredes de la ciudad destinadas a esta tarea. La primera obra que aquí analizo corresponde a una porción del mural del recinto que alberga la SEP, “la maestra rural” (1923-1928). En esta monumental obra se describe una escena de una maestra con un grupo heterogéneo de estudiantes protegidos por un federal, mientras en el fondo se puede apreciar en dos planos a los campesinos labrando la tierra manualmente o con la ayuda de sus animales. Con estas imágenes, Rivera da cuenta de la realidad socio-política que se vivía en el medio rural. Por esto, los personajes son gente del campo, campesinos e indígenas. Cabe recordar que dos de los grandes logros de la Revolución fueron el derecho a la tierra con la reforma del artículo 27 y la creación de la Reforma Agraria, y el derecho a la educación con la reforma al artículo 3º constitucional.

En este mural, la maestra de rasgos indígenas se dirige a un grupo de nueve personas de diferentes edades y género como dándoles a conocer el nuevo evangelio educativo. Entre su auditorio se distinguen niños, mujeres y un anciano. Todos escuchando atentamente sentados alrededor de ella en el campo abierto. Por su atuendo, se deduce que es gente del campo, con excepción de uno de ellos quien porta un overall de mezclilla, símbolo de la industrialización que se vivía en la otra cara de México, la urbana. En el segundo plano, está un federal montado en su caballo salvaguardando el orden y evitando la formación de movimientos armados en este tiempo de tensión rural. Por último, en el tercero y cuarto plano, se ve a los hombres trabajando la tierra, con lo que se puede concluir que a pesar de que la educación era derecho de todos los ciudadanos mexicanos, sólo se veía necesaria para quienes no se consideraba fuerza de trabajo o que estaba dirigida a aquellos indefensos quienes por su condición física estaban considerados en la categoría de mujeres. Además, para algunos ciudadanos, los hombres debían tener una educación diferente a la de las mujeres. Asimismo, este mural propagaba la idea de los nuevos roles que se estaban permitiendo a las mujeres para que entraran al medio laboral, sin importar su condición étnica.

La representación que Rivera hace sobre la educación rural en ese tiempo es muy acertada. Las maestras, mujeres en su mayoría, se vieron obligadas a trabajar en condiciones muy precarias. Muchas de las veces no se contaba con mobiliario, y como se dibuja en este mural, no había edificio que albergara a los estudiantes. Por lo tanto, las clases se daban al aire libre. Varios motivos explican estas deficiencias, pero sin duda la falta de recursos económicos fue el más fuerte de ellos. Además, Mary Kay Vaughan en *Cultural Politics in Revolution. Teachers, Peasants, and Schools in Mexico, 1930-1940*

(1997) agrega que esta carestía fue intencionada alguna de las veces, ya que “[l]a escuela llegó a ser la arena de la disputa por el poder, la cultura, los conocimientos y los derechos” (7). Por eso, el docente rural (hombre o mujer) resultó ser un enemigo de los hacendados y el clero por las grandes movilizaciones que lograron organizar en sus comunidades, cuando éstos fueron aceptados por el pueblo. Esto nos lleva a hablar de la violencia que sufrieron los docentes ante el estallido de las revueltas cristeras y ante la reforma educativa que promovía una educación socialista como se verá enseguida en otra de las obras que analizo.

Aurelio Robles Castillo describe las hazañas de una maestra rural comprometida con su trabajo y con el progreso de la nación en su novela *María Chuy o el Evangelio de Lázaro Cárdenas* (1939) durante una etapa marcada por la violencia en contra de los representantes del gobierno. En su obra, Robles Castillo reintroduce el tema de la constante lucha por la tierra dentro del contexto de la secuela de la cruenta Cristiada y la revolución cultural que inició en los años veinte y que continuó con Lázaro Cárdenas al privilegiar el Artículo 3º constitucional (1934) referente a la educación socialista, junto al Artículo 27 sobre la tenencia de la tierra. El autor analiza la participación del maestro rural y de la mujer en la política educativa nacional como mensajeros de los ideales de la Revolución expuestos en esta novela: “Eran un río de maestras e ingenieros que había ordenado el Sr. Presidente de la República, para la región de los Altos” (139).

En el numeroso contingente de maestros que fueron enviados estaba María Chuy. En este medio, ella se ve obligada a tomar parte activa en la lucha por la tierra y velar por los intereses de los menos afortunados como parte de su labor, sin descuidar su labor educativa. Además, de sufrir las injurias y degeneraciones de los bandos rurales: cristeros, federales, agraristas y la misma gente del pueblo a quienes pretendía ayudar. Esto ocasionó que el trabajo de maestro/a rural fuera uno de los más arriesgados y peligrosos de la época. Los maestros se expusieron a vivir los peores ultrajes, a perder las orejas⁸ o la vida porque la sociedad estaba en un estadio de fanatismos ciegos. Esto le sucedió a “[u]n maestro [que] había sido sorprendido en el camino a su deber. Murió tras lento martirio: sus partes sexuales arrancadas, los ojos saltados, la lengua cortada” (108).

María Chuy se enfrentaba a un enorme reto, promover la educación socialista en una sociedad conservadora y destruida por las guerras agrarias y religiosas como la de Los Altos. Ella confiaba en que sus credenciales le abrirían las puertas de la comunidad, ya que venía con órdenes muy precisas de la federación: “Que pasara a ‘Cuarenta’, formara un censo escolar, estableciera su escuela donde pudiera, rindiera sus informes y

cobrara sus sueldos al hacendado” (60). Sin embargo, no fue así, ya que desde su llegada los habitantes del lugar la rechazaron por considerar que estaba entrando en espacios masculinos, y se referían a ella como: “La ‘maistra’ ... una ‘quema santos,’ marimacho y fea” (36). No sólo esto, pues también le gritaban: “¡Muera la maestra bolchevique! ¡Muera esa pu...a!” (81). Además del mal trato, se quería asignarle un programa docente contrario a su plan socialista, uno que contribuyera al hermetismo de la comunidad, y propagara la educación tradicionalista y religiosa que Delfi, la hermana del señor cura, impartía en el pueblo. María Chuy reconoce que está ante una sociedad “enyerbada por las prédicas fanáticas” (98).

En este ambiente, muy pocos campesinos veían la escuela como medio para progresar, por eso, una vez que aprendían a leer, escribir y sumar, no volvían más a las aulas. El programa educativo de María Chuy incluía, además de estos conocimientos básicos, la educación de los padres de familia y promulgaba la civilización y la higiene de las personas. En general, los maestros rurales componían piezas teatrales cortas con las que atacaban problemas sociales como el alcoholismo; satanizaban a caracteres, como el hacendado el usurero y el cura, y también en ellas pedían por tierras y mejoras para los trabajadores del campo. María Chuy componía canciones corales: “Eran cantos a la siembra, a la lluvia, a la cosecha; tenían paganismo encantados y una realidad del paisaje que sorprendía” (178). En cambio, Delfi buscaba sustentar la dependencia total y la subordinación de los individuos sosteniendo una educación básica basada en la doctrina religiosa y el catecismo del Padre Ripalda⁹, con canciones corales morfinómanas de Agustín Lara. Ambas son diferentes, representan ideologías heterogéneas, cada una encarna un esquema que busca apoyar intereses de terceros. La primera educa en pro del individuo, de los niños, de los trabajadores de la tierra, de la familia, de las mujeres: “Educado[s] en severa disciplina dentro de la bondad de la nueva pedagogía, buscando estímulo de independencia y liberación de la mujer a base de capacidad de la misma. Educación del carácter dentro de las nuevas normas sociales sin vasallajes” (59). Quería demostrarle al pueblo que lo que los mantenía en la pobreza mental y material era “la vida de holgura que hacendados y curas llevan como antítesis de las doctrinas de Cristo, como la negación de la iglesia católica y sus dogmas económicos” (95). Por eso, el maestro rural resultó ser un enemigo de los hacendados y el clero, especialmente, por las grandes movilizaciones que lograron organizar en sus comunidades, cuando éstos fueron aceptados por el pueblo.

Poco a poco, los trabajadores de la educación y el Estado se fueron percatando de la difícil tarea que era imponer una educación laica y, peor aún, querer secularizar el

medio rural. Incluso, para 1935 Cárdenas cedió al plan socialista, y pidió a los maestros que se dedicaran más a la formación de una hegemonía nacional que a la desfanatización de los grupos rurales. Por su parte, los colonos demostraron su inconformidad y su rebeldía en contra de la educación socialista, de una manera muy simple: no mandando a sus hijos a la escuela. Sin embargo, también adoptaron otras formas de agredir a los profesores y obstaculizar sus proyectos: ignoraban sus propuestas, hacían alianzas entre ellos para crear habladurías, chismes y sabotajes en contra de los educandos. James Scott llama a estas actitudes sociales “las armas de los débiles” (17) y las considera armas de gran poderío por la cantidad de seguidores y convenciones que podían acordar para crear presión.¹⁰ Estas armas les fueron efectivas para negociar con los grupos en el poder. Incluso, algunas veces lograron que se cerraran escuelas rurales porque nadie atendía a su instrucción, o se ponían de acuerdo para negar sus conocimientos cuando los inspectores de la SEP los visitaban haciendo quedar mal a los profesores.

Sin embargo, también fue frecuente la aceptación de los profesores en las comunidades, y esto facilitó la puesta en marcha de sus proyectos educativos y sociales. Éstos adoptaron papeles de liderazgo frente a la comunidad, fundaron organizaciones o apoyaron a las que ya estaban establecidas. Crearon ideologías para la liberación de los señores feudales, de los engaños de los curas y de los extranjeros explotadores. Por ejemplo, María Chuy encaja muy bien en la comunidad agrarista, aunque no en la comunidad local. Ahí, ella enseñaría tejido de palma a las mujeres de los trabajadores de la cooperativa que los Paredes administraban. Además, se integra en la lucha por la tierra como líder para despertar el deseo combativo de los agraristas y recordarles que lo que hacía falta en “Cuarenta” era:

Agitación y más agitación. La estabilidad económica de ustedes con las pequeñas industrias que trabajan les ha dormido el deseo de la tierra, la incitación a la lucha. Debemos—y digo debemos, porque ya me siento compañera de ustedes—empezar a recorrer las haciendas y los poblados cercanos, reunir gente, si se quiere, alrededor de un pendón Guadalupano, y darles a comprender la vida miserable que llevan, la falta de consideración de sus verdugos y explotadores, que son los amos de México, y sus perros, los mayordomos de acá. ... Qué importa que corra sangre—seguía—. Debemos agitar y llamar la atención del país y del señor Presidente de la República. Yo tengo fe en ese hombre joven y vigoroso, que empieza su gobierno cerrando los grandes centros de juego, donde los pro-hombres de la Revolución desplumaban a la clase media

obrero; yo estoy segura de que atenderá nuestras peticiones y ordenará que, por primera vez en la historia de Los Altos, se haga justicia al pueblo. ... Debemos pues, compañeros, agitar, agitar y agitar. (85)

Muchos profesores rurales clamaron por una pedagogía más radical ligada a la reforma de la tierra. Esto se observa en el activismo social de María Chuy que despliega la posición militante del autor a favor de la educación como instrumento para despertar la conciencia y aspiraciones de las personas del campo. Sin embargo, conciente del arraigo de la religión en la comunidad, propone valerse de la fe de los desarraigados para acercarse a ellos.¹¹ Entonces, la escuela además de educar, cuestionó las formas hegemónicas y fomentó la agitación social convirtiéndose en un espacio alentador para las demandas por la tierra y la justicia equitativa por parte de los grupos relegados.

Con su novela el autor enfatiza la participación activa de la mujer en la vida nacional de este periodo con esta maestra, y aunque sorprende verla entre hombres poderosos, y compitiendo con otras mujeres, esto se daba así en la realidad.¹² Su trabajo en el espacio público de la docencia iba más allá con la comunidad: “La maestra era la enfermera, la jefe ecónoma, la madre de los huérfanos, la encargada en el taller de recargar los cartuchos vacíos, era, después de Pancho, el alma de aquel clan de gentes bravas, honradas y buenas” (157). Sin embargo, aunque María Chuy es líder su intervención se complementa con la de su enamorado, Pancho, por lo que no es suficiente el co-protagonismo de María Chuy para considerar que rompe con los patrones femeninos establecidos en la cultura occidental. Al respecto, Elena Sánchez Mora en su estudio sobre la mujer en la novela cristera argumenta que “en ella la actividad sigue siendo atributo masculino, y aunque es verdad que hay varios personajes que salen de la esfera doméstica, se trata de papeles subordinados a la actividad masculina” (72).¹³

Además, aunque María Chuy se mueve en ambientes masculinos y no se considere a sí misma creyente, no se aleja de la concepción mariana que ha regido a los católicos como modelo positivo de la mujer. Guardaría “para ella y su madre lo máspreciado que el mundo en que vivimos cataloga: VIRGINIDAD. ¡Primero muerta que manchada!” (16). A esto, Evelyn Stevens asevera que el marianismo es una forma de ejercer control en la sociedad femenina latinoamericana al acentuar su función reproductiva y mostrar como modelos negativos a aquellas que se independizan y entran de lleno en la vida nacional, como sucede con esta maestra rural, y más cuando toma partido en los asuntos agrarios, “cosas de hombres” dicen las personas del pueblo.¹⁴ Además, estas mujeres eran modelos de conducta y su cuerpo era el reflejo de ellas.

Mantener su pureza era parte de ser aceptadas en sociedad, por esta razón la SEP se esforzó por reclutar a mujeres solteras. Su participación en la lucha cristera es activa, como lo fue la de muchas mujeres en esta revuelta, pero el autor no pretende continuar enalteciendo su intervención a manera de un feminismo activista, por lo que tiene que bajarla de su pedestal al destacar que como mujer sigue pensando en su estabilidad y en encontrar un buen marido, lo cual alimenta el marianismo que la sociedad tradicional ha propagado. En este punto cabe destacar que el autor está en contra del fanatismo religioso, pero sin duda, apoya el ideal del “ángel del hogar”. Esto se observa cuando María Chuy y la comunidad están rodeados por los cristeros y tratando de defenderse, una situación de bastante peligro; pero ella está ocupada admirando a su enamorado e “incitándolo para que le declarara su amor” (157). Esta idea se refuerza cuando esta maestra rechaza la oferta de Cárdenas, por la de un futuro con Pancho. “María Chuy, le ofrezco un puesto en la Secretaría de Educación. Allí tendrá la oportunidad de desarrollar algo bueno para la revolución y para usted. Allí está su futuro” (181). La respuesta de esta maestra, fue dejarse caer en los brazos de su enamorado.

Entonces, aunque el autor registra la participación de las mujeres como agentes históricos que entran en terrenos políticos que les estaban vedados, reconoce que hay un punto en que los intereses del Estado pasan a un segundo término, y la vida personal de éstas se vuelve su misión principal. Belinda Arteaga en *Mujeres imaginarias. El papel de la escuela en la invención de la mujer mexicana (1934-1946)* comenta al respecto, que se esperaba que las heroínas del cardenismo: estudiantes, intelectuales, campesinas, obreras, maestras y mujeres en común a quienes se les abrieron las puertas a la vida pública, “sacrificaría[n] lo privado en aras de lo público. ... [Sin embargo], se aliaron al poder y luego lo despreciaron, todo para lograr construir sus propias agendas y sus propias trincheras de lucha” (164). Es decir, una vez que lograron entrar en el dominio público y ser reconocidas en la vida social, su lucha se tornó hacia intereses más personales (privados) o de lucha por la mujer y para la mujer desde otros ámbitos menos públicos, puesto que no terminó. Por tanto, el nombre de la obra *María Chuy o el Evangelio de Lázaro Cárdenas* resulta muy significativo.

Estas mujeres comunes, victimizadas o difuminadas, fueron exaltadas por primera vez en las artes, aunque poco se ha hablado de ellas. Ellas fueron presentadas como mujeres ansiosas de cambiar en muchos aspectos su situación y la de sus conciudadanos, y parece que después de que sus creadores las muestran valientes y temerarias, las tienen que bajar de su pedestal para demostrar, según los dos últimos autores, su vulnerabilidad. Esto no sucede en el mural de Rivera porque no se desarrolla una historia, sino que sólo

se representa una escena. Las maestras pasan por diferentes etapas, momentos prósperos, difíciles, peligrosos y salen *avante* hasta que sus ideales o la muerte les cierran las puertas. López agrega que:

En muchas de las descripciones de maestras, predomina el lenguaje retórico, que construye nuevas imágenes estereotipadas de la participación social de las mujeres; la presentación de las maestras está plagada de romanticismo; son mártires, con personalidades fuertes o débiles, pero mártires. No obstante ... son un recurso importante para poner en relieve la imagen negada de estas mujeres en la historia oficial. (89)

También, hay que tener en cuenta que estas representaciones se enfocan desde una perspectiva masculina. Así como recordar que en México la mujer no tuvo acceso al voto sino hasta 1952, o sea que todas las actividades socio-políticas en las que participó antes de este año no se veían con buenos ojos y, por tanto, no se les reconocieron los aciertos que tuvieron en las cuestiones socio-económicas y políticas a estas mujeres.

En conclusión, los nuevos discursos educativos y la construcción de la figura de la “maestra rural” que el régimen posrevolucionario difundió con atributos y formas de representación de acuerdo a las necesidades del momento histórico, se pueden apreciar claramente en el mural de Rivera y en la novela de Robles Castillo. Estos retratos, gráfico y en prosa, no eran formas inocentes, como ya se estudió, sino que estaban llenos de significados intencionales para la cimentación de nuevos modelos mentales en el pueblo mexicano que se pueden observar en la representación de las maestras rurales que cada uno de ellos hace en sus respectivas obras.

Notas

¹ El personaje de la soldadera surgió en esta época. Ésta es una figura estereotipada de la mujer que acompañó a su pareja en la revolución asumiendo los peligros y fungiendo muy variados roles, en que el sexual es uno de los más destacados. Para más sobre el tema, ver Julia Tuñón, 1998.

² Mary Nash en “Invisibilidad y presencia de la mujer en la historia” (2002) utiliza el término “invisibilidad” para dar cuenta de la exclusión de las mujeres de la historiografía.

³ Por otra parte, también se puede hablar de la docente citadina quien fungió activamente en la vida urbana, en movimientos feministas y otras veces, como representante del gobierno.

⁴ El personaje de la maestra rural también tuvo presencia en el cine de la Época de Oro mexicana en la década de los años cuarenta. En “Río Escondido” (1947) el productor mexicano Emilio ‘Indio’ Fernández describe la situación de peligro y miseria que la docente Rosaura Salazar, personificada por “la Doña” María Félix, vive al enfrentarse al cacique del pueblo quien explota vilmente y niega el agua a los campesinos de Río Escondido.

⁵ Sánchez Mora agrega sobre los personajes femeninos en las novelas y el cine: “1) los personajes femeninos están situados en posición marginal y subordinada respecto a la posición central de los personajes masculinos; 2) dentro de los personajes femeninos existen dos grandes divisiones situadas en extremos opuestos, una correspondiente al ‘Deber Ser,’ y la otra al ‘No-Deber-Ser’; 3) el modelo negativo o ‘No-Deber-Ser’ presenta el atributo esencial que caracteriza al personaje masculino, la actividad, mientras que el del modelo positivo es justamente lo contrario, la pasividad; y 4) si un personaje femenino actúa, lo hace en beneficio o a nombre de un personaje masculino” (72).

⁶ La Universidad Autónoma Agraria Antonio Narro de Saltillo en el estado de Coahuila fue fundada el 4 de marzo de 1923 con el principal objetivo de preparar a los jóvenes en una disciplina profesional para las labores del campo. Por otra parte, la Universidad Autónoma de Chapingo había sido la Escuela Nacional de Agricultura fundada en 1854, la cual es conocida por su espíritu agrarista con el lema de “Enseñar la explotación de la tierra, no la del hombre.” También, se abrió la Escuela de Ingeniería dependiente de la Universidad Nacional de México. *Boletín de intercambios* 1:12. <<http://www.rimisp.org/boletines/bol12/>>.

⁷ El énfasis es mío.

⁸ Esta práctica aberrante común hecha por los cristeros era para que el desafortunado luciera su agravio, o la castración para pagar por abusar de su condición de

macho, según los agresores. Éstas eran algunas de las formas para marcarlos de por vida. Ruiz Abreu, Álvaro. *La cristera, una literatura negada (1928-1992)*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2003.

⁹ Es el catecismo de la doctrina cristiana escrito en 1616 por el padre Jerónimo Ripalda de la Compañía de Jesús, el cual todavía hoy se sigue usando como referencia de todo buen creyente católico.

¹⁰ Scott, James C. *Weapons of the weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven, CT: Yale UP, 1985.

¹¹ Lo anterior, ya se había visto en otros movimientos sociales históricos en los que se usó la imagen de la Patrona de México, la Virgen de Guadalupe. Esto recuerda el hecho histórico cuando “los zapatistas, por ejemplo, tomaron como estandarte a la Virgen de Guadalupe; por tanto no obedecían al llamado de la historia sino el de su propia fe, de su propia idea de la historia que aparecía deformada y misteriosa” (Ruiz Abreu 136).

¹² Por primera vez en la literatura se describe ampliamente la participación directa de ésta y otras mujeres en la cruzada cristera. Elena Sánchez Mora en *Máscaras femeninas y cultura nacional en los relatos de la rebelión cristera. México, 1930-1976* (1989), agrega que en las novelas cristeras la participación femenina se puede apreciar claramente, sus papeles son sobresalientes. Incluso algunas obras tenían como título el nombre de la protagonista. En cambio, en la novela de la Revolución Mexicana es muy escaso el reconocimiento que se da al papel de la mujer.

¹³ Sánchez Mora también agrega que en estas novelas existen rasgos misóginos, ya que las mujeres tienen cualidades viriles, y a los hombres que no son valientes se les llama “mujeres.” Esta característica también aparece en las canciones populares que surgieron a raíz del movimiento cristero y ya se habían escuchado en los corridos musicales anteriormente. (Sánchez Mora 72)

¹⁴ En Ann Pescatello's *Female and Male in Latin America* (Pittsburgh: U of Pittsburgh P, 1973. 89-101).

Obras Citadas

- Arteaga Castillo, Belinda. *Mujeres imaginarias. El papel de la escuela en la invención de la mujer mexicana (1934-1946)*. Barcelona & México: Ediciones Pomares, U Pedagógica Nacional, 2006.
- Charlot, Jean. "The Mexican Mural Renaissance 1920-1925." *Journal of Inter-American Studies* 6.2 (1964): 275-77.
- Derr, Virginia B. "The Rise of a Middle-Class Tradition in Mexican Art." *Journal of Inter-American Studies* 3.3 (1961): 385-409.
- Lee, Anthony W. "'Mural Painting and Social Revolution in Mexico, 1920-1940: Art of the New Order' by Leonard Folgarait." *Art Journal* 58.1 (1999): 114-15.
- López Pérez, Oresta. *Alfabeto y enseñanzas domésticas. El arte de ser maestra rural en el Valle del Mezquital*. México: Antropologías CIESAS, 2001.
- Rivera, Diego. *La maestra rural*. Edificio de la Secretaria de educación Publica, México. ---. *La maestra rural*. Edificio de la Secretaria de educación Publica, México. <http://www.sep.gob.mx/work/appsite/muro/edificio/_20.htm>.
- Robles Castillo, Aurelio. *María Chuy o el evangelio de Lázaro Cárdenas*. México: Ediciones Botas, 1939.
- Sánchez Mora, Elena. *Máscaras femeninas y cultura nacional en los relatos de la rebelión cristera. México, 1930-1976*. Diss. University of Minnesota, 1989.
- Tuñón, Julia. "Las mujeres y su historia. Balance, problemas y perspectivas." *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México: aportes desde diversas disciplinas*. México: El Colegio de México: Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (2000): 375-411.
- . *Mujeres en México. Recordando una historia*. México: CONACULTA, 1998.
- Urrutia, Elena. "El Primer Congreso Feminista de Yucatán." *Revista fem.* 30 (1983): 3-7.
- Vaughan, Mary Kay. *Cultural Politics in Revolution. Teachers, Peasants, and Schools in Mexico, 1930-1940*. Tucson: U of Arizona P, 1997.
- . *The State, Education, and Social Class in Mexico, 1880-1928*. DeKalb: Northern Illinois UP, 1982.